

**M**E entregaron una tarjeta plastificada con la bandera norteamericana y española, un sello de la Casa del Rey sobre las narices de mi foto y un prendedor de ojal que me acreditaba para poder divisar de lejos la espalda de los gorilas del Presidente Carter. Convertido de repente en dinámico reportero tenía varias opciones para penetrar en la noticia. Acudir velozmente a Barajas saltando controles, peinado por un helicóptero, pisando cables, atravesando barreras policíacas hasta instalarme en una terraza del aeropuerto para ver de lejos cómo aterrizaba el avión presidencial. Una vez allí podría cubrir el acontecimiento con bellas metáforas acerca de abrazos bajo el rugido de los motores, o describir la silueta del pájaro de aluminio sobre nuestra tradicional amistad y cooperación. No lo hice. Resulta que llegué tarde y cuando yo iba, Carter ya venía por la autopista en una comitiva rápida y charolada de coches, hirsuta de bocinazos y metralleras. Quedé atrapado en un atasco. Por encima de la extensión de capotas se oían sirenas y el petardeo del autogiro de vigilancia. No vi nada, pero el nudo de coches y semáforos tardó una hora en deshacerse en medio de las imprecaciones y pitidos propios del caso. Dentro del automóvil recalentado por el solazo contemplé mi tarjeta de dinámico reportero colgada a la altura del corazón. Me sentí un perfecto antihéroe.

Reaccioné rápidamente. ¿A donde podría ir la caravana? Se lo pregunté a un guardia de tráfico. Me contestó que, según había oído, Carter iba a almorzar con el Rey en la Zarzuela. Me dirigí hacia allí. Aunque nunca había visitado ese palacio sabía vagamente que estaba situado en la carretera del Pardo, cerca del hipódromo que lleva su nombre. A pesar de que el plástico de mi tarjeta y mi foto sellada, rodeada de escudos y banderas relucía en mi pecho, imaginaba que sería difícil acercarse al timbal de berenjenas, pero pensaba que podría describir al menos el sonido de pájaros en los jardines, la soledad de los setos y el perfume de los pinos. Una nota de inocente ecología siempre sentaría bien a los graves problemas geopolíticos que sin duda estarían tratando los ilustres comensales. En principio me sorprendió de que no hubiera policía. Ni uno solo. Efectivamente cantaban los pájaros, pero no había setos ni pinos, sino chopos. El caserón tenía muchos bultos neoclásicos en la fachada, parecía regio y lo suficientemente solitario, aunque era muy raro contemplar aquel espacio libre de alambradas y garitas. Yo conocía el palacio sólo por fotos y desde luego este mamotreto era igual. Estaba plantado al borde de la carretera y en el zaguán dormitaba un bedel. Me acerqué con el coche, bajé la ventanilla y le pregunté gritando si aquello era el palacio de la Zarzuela. En vez de llevarme al juz-

gado de guardia el hombre me indicó señalando un itinerario con los brazos el buen camino. Aquel edificio era un Instituto Agropecuario.

Con la tarjeta radiante a la altura de la tetilla, hecho un reportero dindmico me adentré en el bosque. Comencé a dar vueltas hasta que logré perderme. Tampoco en esta ocasión acerté a encontrar policía apostada en los matojos, ni gorilas rubiales con aparatos electrónicos. Había conejos. Cantaban los pájaros. Oía a ozonopino. Después de media hora con-



## EL DINAMICO REPORTERO SIGUE A CARTER

MANUEL VICENT

seguí finalmente tropezar con una alambrada. Entonces fue cuando el guardajurado me dio el alto. Le indiqué con orgullo la credencial de seguidor oficial de la visita de Carter. Aquel señor con escopeta, vestido de conejito de la suerte me felicitó por eso, pero me dijo que aquello no era el palacio de la Zarzuela, sino la finca privada del duque de no sé qué. Deshice lo andado, reparé fuerzas con un bocadillo de mortadela en un aguaducho y decidí volver a la ciudad. Apenas hube rodado por cuatro calles me vi de nuevo atrapado en un formidable atasco. Lejos sentí ulular sirenas, orquestadas por las blasfemias y pitidos de los contribuyentes parados bajo un ronroneo de helicóptero. Alguien voceó que el Presidente Carter salía del Palacio de Oriente donde había almorzado con el Rey. Maldita sea.

No pude distinguir la caballería de motocicletas que flanqueaba el coche del Presidente norteamericano porque en realidad yo estaba cogido dos manzanas más atrás. Un taxista me informó que Carter se hospedaba en la Embajada de su país. Cuando llegué hasta allí ya

no estaba. Se había largado al Museo del Prado a pasar revista al Greco. Otro embotellamiento me cazó por la espalda, pero consciente de mi deber hice un esfuerzo sobrehumano para alcanzar la meta del Museo en el momento preciso en que el formidable aparato policíaco ya se disponía a enrollar los hilos y plegar las redes. Carter se había largado. Después de cuatro horas de persecución deduje sutilmente que el Presidente norteamericano siempre estaría en la vertical del helicóptero, de modo que no había más que mirar al cielo para descubrir la presa. En este momento el aparato sobrevolaba la Embajada.

Denodadamente puse el coche en aquella dirección. Tampoco esta vez logré alcanzar la noticia. Carter se había entrevistado con Felipe González, pero cuando este dinámico reportero llegó a los alledaños de Serrano una manada de gorilas levantaba ya los trastos, mientras el helicóptero volaba hacia la carretera de La Coruña. Me di frenéticos puñetazos en el pecho y juré en mi interior que lo tenía que conseguir. A través del parabrisas el sol poniente sacaba destellos puntiagudos a mi credencial. Supe por el camarero de un bar, que Carter iba a cenar con Suárez en el palacio de la Moncloa. Cuando llegué allí seguramente ya estarían en los postres. Realmente hubiera podido elaborar una bella descripción de los jardines de palacio, sensualizar una puesta de sol sobre los pinos mientras la pareja engullía callameres en su tinta. No pudo ser, porque un policía me detuvo a medio kilómetro y me cegó el paso. Le mostré la credencial. Nada. La fiesta había acabado. Allí no tenía nada que hacer.

Completamente derrotado volví a casa. Mi sueño por verle la cara a un Presidente norteamericano no se había cumplido. Sólo conseguí vislumbrar una vez la espalda de unos gorilas. Yo sólo estaba interesado en comprobar una cosa: si Carter era o no era de plástico. Su cara de Kennedy viejo, unida a una expresión de moralista granjero me daba la sensación de que era un producto de tarjeta perforada. Quería saber si un Presidente norteamericano existe realmente o es una condensación de aspiraciones e intereses que se mueve con dos patas. Durante toda una jornada he seguido sus pasos. Sólo he logrado ver una valla de metralleras bajo una orquesta de helicóptero. Desde el fondo de un atasco he percibido el sonido de las sirenas y he sentido la ráfaga de velocidad con que huye una caravana. Probablemente ese que va ahí dentro es una entelequia presidencial. Dicen que después incluso ha oído flamenco y ha hecho footing en el Parque del Retiro. Estoy en las mismas. Los medios de comunicación son una prolongación del sistema nervioso. Yo no sé si el Presidente norteamericano existe. ■